



EL SONRISAL Y OTROS EJERCICIOS DE ARTICULACIÓN PEDAGÓGICA

THE SONRISAL AND OTHER EXERCISES OF PEDAGOGICAL ARTICULATION

O SONRISAL E OUTROS EXERCÍCIOS DE ARTICULAÇÃO PEDAGÓGICA

Rui Mesquita¹

Traducción y edición: Valeria Melczarski² y Aranci Bustamante³

Resumen

La forma escolar tradicional instaura la tiranía de la cognición racional en detrimento del cuerpo, el flujo vital y la inteligencia común. El Sonrisal, permite comprender la infancia como una vibración energética originaria que escapa temporalmente al cerco del proyecto civilizatorio hegemónico y capitalista. Asimismo, el texto interroga de qué manera la lectura de este fragmento exige al investigador un desplazamiento epistémico profundo: abandonar los marcos teóricos rígidos para abrazar la memoria íntima, el cuerpo y el territorio como fuentes legítimas de conocimiento. Metodológicamente, el abordaje asume la investigación poética y la educación sutil propuestas por el propio autor. Desde allí, se analiza la topografía afectiva de Olinda como una geografía de resistencia material, un espacio donde la energía vital de la niñez lograba filtrarse por las grietas de la aridez socioinstitucional brasileña. Finalmente, y partiendo de la premisa de que la academia occidental ha impuesto una

¹ Profesor Titular en la Universidad Federal de Pernambuco (UFPE), Brasil. Posee una sólida y diversa formación interdisciplinaria: es Doctor en Educación (2007) y Magíster en Filosofía (2000) por la UFPE, además de contar con titulaciones de grado en Filosofía por la Universidad Católica de Pernambuco (1995) y en Psicología por la UFPE (1986). Su amplia trayectoria docente e investigativa se inscribe fundamentalmente en el campo de la Educación, con un énfasis particular en la Filosofía de la Educación. Sus principales líneas teóricas y de actuación pedagógica se centran en la descolonización del saber, la mandinga, la capoeira angola y el desarrollo de la articulación pedagógica, las metodologías sutiles e intuitivas que desafían la racionalidad de los proyectos civilizatorios y escolares hegemónicos. <https://orcid.org/0000-0002-9713-8756> / Email: gomesdemattosdemesquita.rui@gmail.com

² Profesora en Letras (2000) por la UNMdP. Estudiante avanzada de la Licenciatura en Psicología (UNMdP). Integrante del GIEEC en la Universidad Nacional de Mar del Plata y del grupo de extensión Crianza con derechos (FCSyS), (UNMdP). Docente en escuelas secundarias. Actualmente, investiga la pedagogía a partir de su propia práctica desde el enfoque biográfico narrativo. Dicta talleres de escritura autobiográfica. ORCID: <https://orcid.org/0009-0006-5296-9763> / Email: melcvaleria@gmail.com

³ Profesora de Educación Primaria (2017) y estudiante avanzada de la Licenciatura en Ciencias de la Educación por la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMdP). Se desempeña como investigadora en el Grupo de Investigación en Educación y Estudios Culturales (GIEEC) y en la Plataforma ESI, donde su labor se inscribe en la intersección entre la pedagogía crítica y los estudios visuales. Su agenda de investigación se centra en la alfabetización integral concebida como un proceso vital, explorando el uso de la imagen como dispositivo pedagógico y las dinámicas de opresión que subyacen en dicha trama. ORCID: <https://orcid.org/0009-0001-1513-4496> / Email: arancybustamante@hotmail.com



mediación pedagógica asfixiante, estandarizadora y tributaria de la blanquitud, este estudio examina cómo el Sonrisal funciona como un manifiesto ontológico con nuestras infancias.

Palabras clave: Articulación pedagógica; Infancias; Descolonización; Educación; Memoria.

Abstract

The traditional school form establishes the tyranny of rational cognition to the detriment of the body, the vital flow, and common intelligence. Through this lens, “El Sonrisal” allows us to understand childhood as an original energetic vibration that temporarily escapes the siege of the hegemonic and capitalist civilizational project. Likewise, the text questions how the reading of this fragment demands a profound epistemic shift from the researcher: abandoning rigid theoretical frameworks to embrace intimate memory, the body, and the territory as legitimate sources of knowledge. Methodologically, the approach adopts the poetic research and subtle education proposed by the author himself. From there, the affective topography of Olinda is analyzed as a geography of material resistance, a space where the vital energy of childhood managed to filter through the cracks of the “Brazilian socio-institutional aridity.” Finally, starting from the premise that Western academia has imposed an asphyxiating, standardizing “pedagogical mediation” tributary to whiteness, this study examines how “El Sonrisal” functions as an ontological manifesto to re-investigate childhoods in *Nuestra América*.

Keywords: Pedagogical articulation; Childhoods; Decolonization; Education; Memory.

Resumo

A forma escolar tradicional instaura a tirania da cognição racional em detrimento do corpo, do fluxo vital e da inteligência comum. O Sonrisal permite compreender a infância como uma vibração energética originária que escapa temporariamente ao cerco do projeto civilizatório hegemônico e capitalista. Da mesma forma, o texto interroga de que maneira a leitura deste fragmento exige do pesquisador um deslocamento epistêmico profundo: abandonar os marcos teóricos rígidos para abraçar a memória íntima, o corpo e o território como fontes legítimas de conhecimento. Metodologicamente, a abordagem assume a investigação poética e a educação sutil propostas pelo próprio autor. A partir daí, analisa-se a topografia afetiva de Olinda como uma geografia de resistência material, um espaço onde a energia vital da infância conseguia filtrar-se pelas frestas da aridez socioinstitucional brasileira. Finalmente, e partindo da premissa de que a academia ocidental impôs uma mediação pedagógica asfixiante, padronizadora e tributária da branquitude, este estudo examina como o Sonrisal funciona como um manifiesto ontológico com nossas infâncias.

Palavras-chave: Articulação pedagógica; Infâncias; Descolonização; Educação; Memória.

1. Introducción



Imagen 1. El autor en su Sonrisal (archivo propio).

La educación contemporánea consolidó la escuela tradicional como un dispositivo de asfixia y cercamiento propio del proyecto civilizatorio occidental. La mediación pedagógica se presenta como un modo de instalar la tiranía de la cognición racional, reduciendo la vitalidad de la experiencia humana a la estandarización colonial y tributaria de la blanquitud. Así, la infancia, despojada de su naturaleza de flujo energético se reduce a una etapa a domesticar; un tiempo cronológico que debe ser velozmente superado para forjar sujetos funcionales, o nacidos muertos, para el engranaje del capital. Resulta imperioso preguntarnos cómo perforar la forma escolar hegemónica para restituirle al acto de aprender su carnadura cósmica, telúrica y verdaderamente libre.⁴

En respuesta a esta urgencia, propongo una *investigación poética*. Transitar del cerco de la mediación hacia el misterio de la *articulación pedagógica* y la *educación sutil* es una apuesta metodológica que exige despojarse de los marcos explicativos causales y de la soberbia analítica, para abrazar la intuición, la

⁴ Este texto es una versión adaptada al castellano de uno de los capítulos de la tesis presentada en el concurso público mediante el cual el autor obtuvo el cargo de Profesor Titular. Referencia original: Mesquita, Rui. *Ocação: Exercícios de Articulação Pedagógica*. Recife: Edición del autor, 2025. 141 pp.



memoria íntima y la inteligencia común como fuentes legítimas de conocimiento, reconociendo que la teoría no debe operar como un dogma inerte, sino como un abono orgánico que nutre la existencia. Al visitar la topografía afectiva de Olinda, el texto es geografía de resistencia material. En aquellos asaltos nocturnos en bandada para hurtar madera y construir rústicas tablas deslizantes, se devela la tenacidad de una vibración originaria: la energía vital de la niñez logrando filtrarse por las grietas del sistema. El *sonrisal* se erige así como la metáfora perfecta de una forma-juego creada a la intemperie, desprovista de patentes, mediadores o dueños; una experiencia estética efímera donde el cuerpo opera como antena y la belleza logra burlar el control disciplinario.

El sonrisal

Existía, no hace mucho tiempo –a pesar de las tantas, amplias y seculares brutalidades de la hegemonía blanca, capitalista–, en Olinda, donde yo vivía, un poco más de aire, de brechas y rajaduras en el edificio de la aridez socio institucional brasileña, por donde una energía vital, infante, podía diariamente fluir, hacerse nacer con mayor efectividad y frecuencia. El cercamiento de la vida aún no era tan brutal. La playa, la arena, los cerros y manglares componían los paisajes, escenarios por donde tantos niños circulábamos. No había entonces (cuando la forma escuela era menos esparcida, impositiva) cognición al mando. Siendo flujo, respiro de gente, éramos lo que íbamos siendo.

Sonrisal, no sé bien el porqué, pero ese era el nombre que dábamos a aquellos pedazos de madera que recolectábamos de las casas en construcción, para transformar en tablas deslizantes, en las finas láminas acuáticas traídas por la intermitencia de las olas que visitaban la arena firme-oscura de la playa. El *sonrisal*, teníamos que primero hurtarlo. Y eso exigía organización minuciosa, reunir a un grupo dispuesto al peligro, sabedor de cómo arrastrar silenciosamente el cuerpo quirúrgicamente designado como blanco en nuestros previos andares diurnos. De noche nos acercábamos al lugar del delito, con ropas oscuras, nos camuflábamos al máximo hasta el momento de la inevitable aparición: teníamos que agarrar la madera apuntada con una agilidad ferina, nocturna, colectiva.

No podía, y ese es un detalle de suma importancia metodológica, ser un niño y después otro y después otro. Actuábamos con la precisión sincrónica de las bandadas, nos nutríamos de una inteligencia colectiva y clandestina, de capullo, protegida de la moral adulta y de la violencia potencial del soñoliento vigilante de la obra. Después era el devenir sonrisal, la promesa de una innombrable e inapropiable felicidad que, circulando en venas humanas, atravesaba nuestros cuerpos queriendo saltar hacia una forma viva, una escena-mar sin lienzo. Acto de transmutación del momento asalto-nocturno-en-bandada para gestar, en colectiva sinestesia, esa tal forma – el juego sonrisal.

Cortar la madera en el formato deseado, que era siempre rectangular o redondo. Con mucha paciencia, redondear sus aristas. Lijar bien. Colorear. Pasar la cera deslizante. El asunto tomaba tiempo y patio: era el milagro metamórfico de hacer nacer forma para abrigar la vida, la transmutación de una energía infante, vital, juntada y movida por una inteligencia corpórea común. He aquí la forma-juego sonrisal creada a la intemperie, a cielo abierto, sin fecha de fundación, sin autoría, sin dueño, sin pagar entrada, sin los mediadores de la verticalidad del saber, sin los formuladores disciplinares especialistas, sin la razón técnico-burocrática educacional.



Por lo que recuerdo, ni la actividad del *sonrisal* ni sus practicantes tenían nombre. Ahí no había vencedor o perdedor, no había ranking de calidad *sonrisalística*, aquello era puro ejercicio de belleza, una danza sobre el agua. Se valoraba la velocidad y la distancia recorridas y, principalmente, el rastro momentáneo del *sonrisal* en las aguas. Rastro que recomponíamos hasta la extenuación, como quien quiere hacer la belleza renacer, vivir siempre y nuevamente y nuevamente. Era lanzar, correr lo más rápido, en explosión, y acomodarse, cuerpo en exhibición, en la madera-escultura.

Ahora: ese era el momento infinitamente breve, la brevísima profundidad de las palabras burbujeantes del lenguaje *sonrisal*, el momento en que éramos conexión y el paisaje nos invadía, hablando estéticamente la acción. Y cuando acababa era la sonrisa, el goce del movimiento finalizado. Entonces, un impulso que no se sabe de dónde venía nos ponía de pie. Conectando vida y actividad, *sonrisal* nuevamente en el sobaco, nos disponíamos a la más apurada concentración. Era la energía infante que nunca se cansa de decir “quiero más”, y “de nuevo”, aun cuando nunca se sepa bien cómo será el después, porque lo nuevo, como los dioses y los científicos, miente.

Donde hay energía vital en flujo, hay infancia y hay inteligencia común. Hay calle. La adultez, en las áridas instituciones de las sociedades colonizadas por Occidente, comienza, exactamente, en las precoces clases estacionarias de ciudadanía, cuando nos fuerzan a la contención de la energía infante en un aula en nombre del desarrollo de una conciencia individual y autorreferencial, ya sean las clases de moral y cívica de los educadores reaccionarios, ya sean las clases de concientización de los llamados progresistas. Esa es la ontología infanticida de la educación colonizadora, aquella que, primero, ignorando la comunalidad plural de la vida y sus formas, para cercar nuestras vidas, nos cerca en un edificio al que dieron el nombre de escuela. Y, bajo el argumento de protegernos y de civilizarnos, según una ética capitalista del trabajo, docilizan nuestros cuerpos y amarran nuestros tiempos, educándonos para la servidumbre voluntaria, para el casi siempre aclamado “trabajo decente”. Establecen, por fin, que ahí es el templo del conocimiento, y que las refinadísimas técnicas pedagógicas deben emular bien la vida allá afuera, y que, en fin, se aprende sentado.

Los primeros cercamientos se ocuparon entonces de confinarnos en el espacio escolar. Pero ese confinamiento tiene aún un poder muy limitado: siempre nos sobra tiempo fuera de la escuela. Era necesario cercar nuestras vidas mismas, para contener el flujo vital de las energías infantes, demandantes y transmutadoras de formas que abriguen la vida. Era necesario reducir la belleza a las formas consagradas de arte: la poesía y la literatura deben ser admiradas en libros; las esculturas y las pinturas, en patios y museos; la actuación, en palcos y pantallas; la música, en los conciertos. Y, por extensión de ese régimen de sensibilidad, la educación debería naturalmente ocurrir en escuelas. La perennidad de las formas de expresión y la exclusividad de sus instituciones mantenedoras son el principio primigenio del cercamiento de la vida. Porque con eso se crean las condiciones sensitivas, restrictivas, que nos hacen percibir la belleza como algo naturalmente contenido en mera representación, y no en la creación metamórfica de las formas en vida.

Se hizo, entonces, la infancia efímera, infancia-fase. Esa capacidad de vivir tenía que ser científicamente estancada, cercando a los niños de aquellos cuidados que se toman con las heridas – tratando con amor para que sanen y desaparezcan.



Y nos hacen entonces considerar lo que seremos cuando crezcamos, desde el restrictísimo menú de las carreras y profesiones. Nos hacen hasta desear la suspensión de nuestro ser infante, bajo la infame, injusta y canalla promesa de que, cuando dejemos de serlo, es que podremos, de verdad y al fin, existir. Sí, nos hacen hasta desear, yo recuerdo bien eso, que la infancia pase pronto. Y, cuando nuestra capacidad de imaginar, de tramar, de juntarse para transmutar formas, esculpir situaciones, es casi completamente asfixiada, aparece un *nacido muerto* [natimorto] a quien llamamos ciudadano, trabajador. Está cumplida la finalidad política de la educación colonizadora: producir millares de nacidos muertos, cual nube hambrienta y desordenada de autómatas, predadores potenciales, las presas fáciles del capitalismo y de su cara más desnuda, el fascismo.

El confinamiento del arte y de la educación tiene el cometido de esconder, eventualmente borrar, la memoria de que los procesos creativos se dan colectivamente. Para eso crean un tipo de artista y de profesor que actúa en campos específicos, artísticos y educacionales, imponiéndonos que ahí es el lugar de la belleza y del saber. Y nos retiran la libertad, porque la libertad solo puede existir en experimentos, en intentos. Experimentar es esculpir formas, de nuevo y de nuevo, para dar *mimo* [dengo] y ropa cómoda a la vida.

Una educación en sintonía con la vida debería imaginarse, rizomáticamente, en una pluralidad de formas singulares y relacionadas. En un tal régimen político de sensibilidad, no tiene sentido pensar en un sistema único nacional de enseñanza. En vez de la imagen de las redes, que componen esos sistemas nacionales, podríamos esculpir las formas de un rizoma vivo de enseñanza. Ahí, el pensamiento educacional se realizaría bajo su propio riesgo, y no en la estabilidad de las metodologías y técnicas pedagógicas que suponen como dada la forma escuela. Podríamos, así, crear una cultura institucional metamórfica y pujante, que pudiese dar cauce a las saturaciones de la vida contenida en las formas universalizadas, garantizando las existencias esculpidas en nuestro contemporáneo.

Es en las profundidades de los paisajes cotidianos donde podríamos encontrar una belleza viva, cuya forma de existencia es estar abierta, exactamente, a la experimentación de sus formas. Ahí reposa un trabajo poético con el cual las educaciones deberían dialogar. Esa sería, en ruptura con el valor técnico-metodológico de la mediación pedagógica, una manera no trascendente de lidiar con nuestros archivos, porque tendríamos que relacionarnos con el profundo arrebatamiento de la belleza en nuestras vidas mismas. Esa sería, tal vez, una manera de abrir el conocimiento al misterio, dejando de reducir el pensamiento a las novicias repeticiones de la historia única. Aprenderíamos, quién sabe, a desconfiar de palabras misioneras –vengan de qué bocas vengan–, como salvación, preservación, concientización. Porque ahí percibiríamos que salvar, preservar y concientizar pueden, a menudo, significar sofocamiento, cercamiento y control de la vida.

Articulación pedagógica

Ya el presente trabajo, la pieza más reciente de este recorrido, responde a un llamado para fabular poéticamente la educación, de manera que haga fluir un proceso metamórfico en la propia noción de articulación pedagógica. Teniendo en mente mis trabajos anteriores y un conjunto de nuevas percepciones y lecturas



que he emprendido, entrego al lector una tesis nutrida de una amplia gama de experiencias personales, que se pretende imaginativamente productiva, en el sentido de prospectar una educación que lleve a efecto cierta relación entre pensamiento y realidad. Desde el punto de vista metodológico, su entramado tuvo en cuenta tres *Zonas Heurísticas de Sensibilidad*, conforme veremos más adelante.

En este recorrido, desde 2016, los lectores pueden notar un significativo desplazamiento relativo al estilo de mis escritos. De un registro predominantemente científico, conceptual, que se verifica en la primera producción, fui migrando, bajo la innegable influencia del filósofo martiniqués Édouard Glissant –con su noción de *investigación poética*–, hacia un estilo más literario, que ahora les presento. Tal desplazamiento no fue solo estilístico o racional. Fue también, sobre todo, existencial. Pude así, ir articulando tal pensamiento a léxicos, valores, paisajes, estremecimientos, soplos conscienciales, injertos metafóricos y sueños que resultaron de y en inusitadas lógicas intuitivas. Lógicas que no pueden ser contenidas en mecanismos sociales causales, capturables por la objetividad científica. Los efectos ontológicos de este proceso de apertura a la intuición me parecen, hoy, innegables y prometedores.

Me entregué a indagar el régimen de conocimiento centrado en la mediación pedagógica, que siempre, desde mis agonías de niño, percibí como homogeneizador, árido, asfixiante, violento, colonial. Me pareció razonable, en ese contexto, iniciar por rastrear la relación entre las formas expresivas del pensamiento y la propia amplitud de las experiencias humanas: el percibir, el sentir, el expresar, el producir sentido, el actuar. La investigación poética, nos cuenta Glissant –sin negar la importancia de las muchas conquistas y avances del campo científico–, puede ver cosas invisibles a los ojos de la ciencia. Y, en ese intento práctico de contorsionar los paños del pensamiento con las aguas de la existencia, fui *a-tentando* [*prestando atención / intentando*], con mayor lucidez, a la legitimidad de la mirada poética como método de conocimiento.

Percibí, entonces, que un ejercicio de tal magnitud requiere considerar, al menos en las encrucijadas que las humanidades de hoy vivimos, que el acto del libre pensar implica la aceptación de cierta convivencia con el misterio –como desperté al escuchar a Makota Valdina. Con eso, al iniciar la escritura de la presente tesis, hice un esfuerzo deliberado para desenfocar mi sintonía energética, frecuencial, con los sistemas conceptuales explicativos tan cultivados, como jerárquicamente superiores, en la academia. Sistemas estos que somos, a lo largo de todo un proceso de escolarización, entrenados a reificar como superiores.

Uno de mis primeros movimientos fue hacer una consulta con Cahah Travassos sobre mi carta astral. Intentaba ahí auscultar una conexión con mi Yo Superior de manera que hiciera fluir –por delante de la cognición– las lógicas intuitivas en mi pensamiento. Me ayudó en ese proceso, eso es cierto, el hecho de ya estar sensibilizado por antiguas conversaciones sobre cuerpo y pensamiento con mi amigo Joab –me decía él: “en la capoeira uno no piensa”. Fui igualmente ayudado por la noción de *atención total* en J. Krishnamurti, que presupone el vaciamiento de la mente para ampliar nuestra capacidad de visión en la vida. Estaba, por fin, más recientemente, impactado por la lectura que emprende el filósofo italiano Emanuele Coccia acerca de los procesos metamórficos en la naturaleza; particularmente por su percepción de la vida como unidad energética, cuyos flujos pasan por formas biológicas –y sociales, diría– transitorias y necesarias.



Con todo eso, dispuesto a cortar de mi propia carne –en una especie de autoantropofagia–, fui intuitivamente llevado a recluirme en un casi capullo sabático. Tenía que vaciar y aquietar mi mente. Abrir espacio para mí. Tal paso, que me exigió cierta dosis de coraje y desapego, era, por sí solo, un salto a lo desconocido.

Yo juego con el tiempo, traigo el pasado y el futuro a mi sala de estar, como técnica de prolongación de la vida presente. Perspectivo afectos, me invento en memorias factualmente mágicas y prosaicas visiones, que a veces rozan el delirio. Intento, así ir testimoniando, tejiendo los contornos epistemológicos de una forma a la vez inmersiva e imaginada de pensar. Tal forma, sin embargo, solo pudo ganar verosimilitud y legitimidad porque lo relatado estuvo empapado en un ambiente narrativo ampliado por el misterio. Ambiente que, a lo largo de la escritura, alimentándome de rudimentos de la física cuántica y de esparcidas noticias provenientes de las espiritualidades, fui poco a poco sabiendo que era plegado, hueco, multidimensional, movido por la vívida cinética de un eterno presente.

Fisurada significativamente mi percepción tridimensional de los mundos, pude experimentar de otra manera la visión crítica que ya poseía de la linealidad del tiempo histórico. Pasé a notar el tiempo como algo que no existe *per se*, o sea, algo implacablemente impuesto por una realidad histórica, objetivamente dada. Al contrario, somos nosotros mismos quienes lo movilizamos, desde lo eterno del presente, cuando estamos ante y sumergidos en puntos de vida encrucijados. Eso de tal manera que creamos, a partir de experiencias testimoniales, percepciones que construyen capas de realidad, las cuales, colectivamente, nos envuelven y constituyen.

Me fue de gran valía, en ese contexto, dígame, la legitimidad que el género literario del testimonio, como fuente epistemológica, garantiza a las singularidades existenciales. Con su registro estilístico en primera persona –sus tonos de oralidad y personalidad–, tal género me llenó de confianza y *confort de capullo* [*conforto casular*] para ir experimentando, intuyendo, ejercitando la palabra “propia” como búsqueda de sintonía energética, vena del narrar. Según Silvia Rivera Cusicanqui, la coherencia entre lo que se dice y lo que efectivamente se hace es uno de los pilares éticos del buen vivir. Reconocí ese principio –vale registrar– en las sabidurías ancestrales comunicadas por David Kopenawa, Nego Bispo y Ailton Krenak. Lejos entonces de un interés meramente estilístico, pienso que el cultivo de tal organicidad puede tener consecuencias educacionales prácticas, en la medida en que propicia y firma un compromiso con una inteligencia común, colectiva, capaz de catapultarnos, hacia un cuarto espacio, extraño al modo dialéctico de pensamiento. Misterio.

Prospecté entonces una especie de compartición multidimensional de sentidos, que resultó en la creación de una imagen altamente vertiginosa de articulación pedagógica, bordada, como verán los lectores, en forma de *hueco* [*oco*]. Y bordé con los hilos de ondas etéricas, cósmicas, que se me anunciaron. Bordé fiándome en mi más íntima palabra, que no es mía. Articulé, por ejemplo, en la copresencia de Ernesto Laclau. Lo tomé de la mano e, imaginariamente, lo llevé a la Jurema Sagrada. Ahí conversamos, mucho. Me regocijé en su imaginado asombro interesado. Respiré las bocanadas de una inteligencia sensiblemente compartida, jugando lado a lado con Jacques Rancière en las playas de mi infancia. Vi entonces rendijas cósmicas en el misterio marítimo. Bailé eróticamente con Georges Bataille, rozando mi cuerpo infante en la piel de su pensamiento. Jugué con él y con Coccia



de muerte, de eróticas diluciones e inusitados nacimientos. Exploté. Encanté mi existencia con Luiz Rufino, llevando mi pensamiento al remolino energético de las encrucijadas de la vida. Batí en retirada con Alain Badiou, huyendo de las garras desvitalizantes del amor romántico, fusional. Ejercité singularidad con Édouard Glissant en la intrincada comunalidad relacional que son nuestras existencias, intentando desatarla de la colonial dicotomía entre decir yo y decir el planeta.

Así es que el régimen autoral de conocimiento fue siendo suspendido e indagado en toda su naturalidad ideológica. En vez de un referencial bibliográfico, los tantos autores que movilicé de diversas formas –que, a veces, ni bien sé– para escribir esta tesis pueden mejor ser caracterizados como *abonos* [*adubos*] – conforme se puede verificar en la sección de referencia. Unos ya más sedimentados en el suelo archipelágico de mi pensamiento, y otros, más recientemente leídos, están en proceso de descomposición e integración a dicho suelo, adentrándose en los tantos dramas e intrigas de la vida. Son, por así decir, abonos de superficie. En ese contexto, en algunos momentos fronterizos, es difícil la decisión de caracterizar una referencia como abono de superficie o sedimentado. Y hay también, debido a aquella ampliación referencial del pensamiento, las no menos importantes referencias no bibliográficas, las tantas influencias –especialmente las amistades– humanas y no humanas.

Esbozo, así, un primer intento de gestar aquella forma a la vez pasiva y activa, inmersiva e imaginada de pensar. Educar sería, en ese sentido, cuidar de la armonía rítmica del paisaje multiforme y archipelágico de los pensamientos del mundo. Tal armonía, reposando sobre una mirada relacional de realidades –más o menos materiales o sutiles–, nos llama a la responsabilidad planetaria, al tiempo que nos conecta a la abundancia de la vida y, por lo tanto, a la fidelidad a nuestra capacidad de creación.

Debo esa visión también al compromiso que, a la manera de Gilles Deleuze y Félix Guattari, guardo con una literatura menor, compromiso con lo que puede sonar como insignificante y con lo que no es –diría–, a veces, siquiera nacido. Procuré, así –como Cassiana Farias observó–, hablar complejamente de cosas banales, elevando la estatura epistemológica de la vida prosaica, al tiempo en que traía teorías al suelo, como forma de doblar sus arrogancias lógico-formales.

Como efecto estético de ese juego estilístico, procuré, por fin, realzar no apenas el carácter no dicotómico de las realidades en relación al pensamiento, sino, efectivamente, el carácter mágico de tal relación. Y busqué eso en mi vida infante, en la verdad de su pulsión energética, de su ansia corpórea por la vida. Cuerpo antena. Memorias que activé desde un tiempo suspendido, siempre presente, para tensionar no apenas con las garras de la Historia, sino sobre todo con las amarras imperiales del paradigma discursivo en las ciencias modernas. Pude, así, experimentar un afecto bien específico, digno de nota: el orgullo de poder adulterar, envejecer y morir infante.



A modo de ciclo

Buscar significancia inmanente en esa microenergética corporal, biológica, prestando atención a su potencial constitutivo de lo social, en una suerte de nanosociología, disparó un intento de proponer a la educación una tarea creadora e imaginativa, a través de un cuidadoso manejo alquímico y artesanal de energías. Y, en ese sentido, fui bastante facilitado por la lectura de Dolores Ashcroft-Nowicki y J. H. Brennan, en su libro sobre la magia de las formas-pensamiento.

Con ojos de hoy, noto que fui operando, con todo eso, un deslizamiento diluyente de fronteras entre diversos campos disciplinares, de los cuales, a decir verdad, nunca fui especialista: literario, lingüístico, sociológico, histórico, antropológico, estético, biológico, geográfico, físico, político, espiritual, educacional. De manera de intuir lo que balbuceé como una “sociología sutil”, la cual propicia un pensamiento educacional abierto a dialogar con la idiosincrásica relación entre los paisajes y las existencias humanas y no humanas, en sus flujos energéticos e impulsos vitales. Tal discusión, sin embargo –como ya señalé innumerables veces–, no cabe, en absoluto, en los moldes de la forma escolar occidental hegemónica. Forma esta que he, decididamente, traicionado y saboteado.

Y es por haber recorrido ese intenso trayecto que hoy me habilito a preguntar: ¿cómo la articulación pedagógica puede contribuir a la construcción de un pensamiento educacional que rompa radicalmente con el valor colonial de una educación extraterritorial, representacionista y emuladora de la vida, una educación que, subrepticamente, niega la vida, postergándola, siempre, en nombre de una seguridad cualquiera, un futuro cualquiera?

Propongo algunas cuestiones correlativas de irremediable apelación política: el pensamiento educacional crítico, que anima a las fuerzas políticas de izquierda, ¿no cohibe –a guisa de promover concientización por las vías de un desvelamiento de la realidad–, en gran medida, la legitimidad existencial de las fuerzas singulares del mundo? Así, por la certeza de verdad proveniente de una forma teórica, ideológica, de visión, y por el tipo de compromiso ético atado a esa misma forma, ¿no nos coloca, tal pensamiento, en una posición de vanguardia que es, en el fondo, esencialmente misionera, arrogante y sectaria? ¿No estaría, así, el pensamiento crítico –movido por una sensación específica de unidad, proveniente de percepciones tridimensionales de espacio y tiempo– vinculado a aquella eterna postergación de la vida, mientras lucha por una densa y quimérica hegemonía? Por lo tanto, ese mismo aplazamiento de la vida ¿no se nos presenta, fenomenológicamente, en la forma de un refinado encarcelamiento educacional? Aún más: aquella vieja imagen, hoy tan evitada, de la “malla curricular” [*grade curricular, reja*], ¿no está, a pesar de ser eludida del léxico burocrático-gubernamental-académico, ejerciendo su plena efectividad carcelaria?

El pensamiento crítico, transpira la tesis que sigue, al no vivificar sus palabras –no encantarlas–, genera efectos de realidad diferentes de lo que quiere comunicar y prospectar como futuro deseable. Hiriendo aquel principio del buen vivir, manipula energía de manera (in)conscientemente desvitalizante, grosera y no raras veces maléfica. El campo perceptivo de su forma-pensamiento, lo que esta forma da a experimentar como realidad concreta, no confiere significancia a miríadas de formas singulares de existencia que pululan por el mundo como lozanía energética, pulsión de vida. Interpelado por la forma escolar –forma extraterritorial, que guarda correspondencia ideológica con el régimen mediado de conocimiento–, tal pensamiento, al cohibir nuestro poder de incidencia singular sobre la realidad, nuestro poder de cocreación, refuerza aquello que llamé en esta tesis *amilanamiento*



[*amofinamento*] ante la vida. Y, muchos de aquellos que lo encarnan, actuando bajo sinceros o no tan sinceros deseos de emancipación y libertad, no se dan cuenta de estar embriagados por una especie macabra de magia, o funesto milagro, capaz de plasmar y fijarnos a realidades densas y asfixiantes. Y esas mismas realidades, en una especie de rueda de samsara, o de infernal dialéctica, ellos las han elegido como campo empírico de investigación, su horizonte de percepción y acción –subsumiendo ahí sus y nuestras vidas-.

Por percances no causalmente vinculados, fui lidiando con tales cuestiones en la pelea misma de la vida. Se me encendió una especie de comezón, una necesidad expresiva que no entendía bien. Una metamorfosis, como saben, se puso en curso. Entendí, a tiempo, que mis estrategias metodológicas de investigación no podrían ser exclusivamente comandadas por un mero esfuerzo cognitivo. Eso haría que yo fatalmente asfixiara, por poca visión, por baja carga informacional, la vida en comezón.

Abrí, entonces, espacio a las lógicas intuitivas, a través de las cuales pude dejarme penetrar por un ambiente narrativo que, como las plantas que garantizan la existencia de la atmósfera terrestre, yo mismo iba nutriendo. Fue en ese contexto que se dio mi primer alumbramiento con la *mandinga* cultivada por el pueblo de la capoeira en Brasil. Alumbramiento con la imprescindible de su presencia siempre vacía, no ideológicamente capturable o rellenable, no conceptualizable. El hecho es que tal alumbramiento ya me había lanzado puentes intuitivos para percibir esa intrínseca relación entre forma-pensamiento y realidad.

En fin, fue en el proceso mismo de escritura de la tesis que pude ir configurando, metodológicamente, al menos tres *Zonas Heurísticas de Sensibilidad*. La primera de ellas se refiere a una *Zona de Conexión Cósmica*. En esa zona yo activé, inicialmente, el principio de la atención total de Krishnamurti como manera de abrirme a una comunicación no verbal con las frecuencias energéticas que nos llegan del universo. Accedí, por esa técnica articuladora entre dimensiones de la realidad, a escenas lejanas, algunas olvidadas, otras adormecidas.

Sintonizar en esas frecuencias fue como tener acceso a una fuente intuitiva desde donde pude activar lógicas para la identificación de los datos significativos para la investigación. Ya no tenía sentido concentrarme exclusivamente en teorías cualesquiera, especialmente aquellas ambientadas en narrativas políticas normativas, encadenadas al deseo ideológico de hegemonía. Fue exactamente la pérdida de ese fardo científico lo que me permitió la visión de la vida bajo prismas para mí inusitados. O sea, me permitió perspectivar algunas sutilezas que se nos avecinan y, subrepticamente, se nos encarnan realidad. Sutilezas estas que, paradigmáticamente, están inaccesibles al régimen mediado de pensamiento –que alimenta la densidad del modo hegemónico tridimensional de compartir lo sensible.

La densidad presente en ese modo tridimensional de percibir la realidad –sus paisajes y medios sociales– nos impide saber de los *huecos* [occos] en ella entrañados, inmiscuidos en su fisicalidad y presentes en lo más prosaico de nuestros cotidianos. Somos así inducidos –bajo aquel velo de ilusión consciencial– a inclinarnos a la adopción de las formas-pensamiento compactadas, seguras, sin percibir que estamos, justo ahí, siendo interpelados por técnicas ideológicas de densificación de la propia realidad. Y, densificados en realidad específica, insistimos, como nos alertó Fernando Pessoa en el poema “A tabacaria”, en esperar que se abra –en un futuro aplazador de la vida, les recuerdo– una puerta al pie de una pared sin puerta.



No percibimos, por otro lado, como Makota Valdina nos alerta, que todo lo que está arriba viene de abajo y, circularmente, viceversa. Saber de esa circularidad me hizo confirmar la importancia de activar, como parte indispensable de la metodología de la investigación, una segunda zona heurística de sensibilidad, la *Zona de Conexión Telúrica*.

Mi memoria fue entonces, como dije, siendo direccionada hacia remotas escenas de infancia. Las incursiones en el manglar –ese bioma de transición entre la tierra y el mar– para pescar cangrejos y *guaiamuns* con mi primo Ângelo. El sol, las efímeras sombras arbóreas componiendo formas en movimiento en aquel suelo de lodo. El sentimiento de curiosidad infante de estar inmersos en un lugar misterioso, diverso, seco, mojado, de fronteras que se pierden de vista. El conflicto entre el deseo y el miedo de estar ahí *a la intemperie* [ao léu] –el tiempo cronológico a veces fustigándome, a veces olvidándose de mí. Recordé que, en esas ocasiones, yo me nutría de una energía que colectivamente emanábamos al cosmos. Evoqué las exploraciones a la geografía de la ciudad de Olinda: el descubrimiento de las zanjas para pescar pez beta; la Vacaria, donde había, a mis ojos infantiles, campos casi infinitos de fútbol. Sentí el estremecimiento de las ocasionales idas a los márgenes [quebradas], las incursiones al Monte y a los barrios circundantes de la ciudad antigua –Guadalupe, Santo Amaro–, cuando tuve mis primeros vislumbres de la existencia de otros pueblos en Brasil.

Recordé, en fin, al tiempo que componía el corpus de la investigación, ese hilo de vida aún conectado al territorio, al suelo, mar, sal, playa, barro. Una vida repleta de las paradojas coloniales de la blanquitud, pero que aún no había sido tan cercada. Milton Santos, viendo el territorio como técnica, me enseñó a mirar hacia el cambio de esos paisajes –el paulatino alzamiento de los muros, los cercos eléctricos, la presencia de las milicias guardando calles y casas, el desvanecimiento de la vida comunitaria, el desértico silencio nocturno en el barrio, el asfixiamiento de las amistades en bandada...– como un último cercamiento: diferente del cercamiento de las tierras comunes medievales, ahora cercaban nuestras vidas mismas. Vida escolarizada, vida desconectada de las fuerzas telúricas de la naturaleza y de sus huecos [ocos]; sus fugas [vazamentos] cósmicos –digo yo.

Ya sabía, desde mi primera producción sobre la articulación pedagógica, en diálogo con Jacques Derrida –en su libro *El ojo de la universidad*–, que la inversión en sujetos no funcionales para la colonialidad exigía un extrañamiento de la relación entre la institucionalidad y las razones filosóficas y científicas hegemónicas. Sabiendo que vivimos, en “mis” palabras, en realidades densamente plasmadas o, en las palabras de Glissant, en totalidades totalitarias, Derrida se preguntó cómo, desde el suelo (colonial) de la tutela y del control –aquello que llamó “lugar fundador”–, se podría conseguir un apoyo, una palanca, para saltar hacia otro tipo de suelo fundador.

Me faltaba percibir la necesidad de retroceder pasos antes de la búsqueda por el suelo fundador derridiano, viéndolo, a él mismo –multidimensionalmente–, como tiempo invertido y como realidad plasmada. Saber de eso me ha ayudado a ampliar mi atención –abriéndome a la presencia hueca [oca], no temporal, no discursiva, de los flujos energéticos y sus pulsiones singulares de vida. En otras palabras, para dar consecuencia a aquel olfato, yo tuve que, metodológicamente, ensanchar el alcance referencial de mi pensamiento, dejándome vaciar [vazar] y ser penetrado por fuerzas cósmicas y telúricas. Todo ahí está adentro y presente, siendo la vida una unidad energética. Transmutando así, por salto cuántico, la



forma misma de mi pensamiento, yo ensancharía el alcance de mi experiencia sensible –de mi visión y de mi capacidad de acción–, alterando lo que elegiría como significativo y posible.

Entonces, como postrera estrategia metodológica para acceder a la multidimensionalidad de las realidades, percibí que yo precisaba activar una tercera zona heurística de sensibilidad, la Zona de Conexión con el Inconsciente. Tal entendimiento me rindió firmeza de propósito para iniciar aquella mi jornada interna. Yo estaba, al fin y al cabo, a la búsqueda de un suelo fundador cuyo acceso, no estando objetivamente dado en realidad exterior y proyectable en futuro utópico, dependía de la posibilidad de un trabajo en la forma organizativa de mi “propio” siendo pensamiento.

Pensar una educación, como se desafía la presente investigación, que relacione pensamiento y realidad, requiere una conexión con nuestro Yo profundo, más íntimo, nuestro *self*, como sugiere Carl Gustav Jung. Debemos romper, decía el psicoanalista suizo, con el deseo de seguridad de un ego autorreferente, sin sombras, seguro de sí, porque este se restringe a realidades tal como son percibidas por cerebros desconectados, discretos, individuales. Ego este que nos fuerza a coincidir con nuestras socialmente necesarias *personas* [*máscaras sociales*], pero que, en *looping*, alimenta aquel régimen autoral de conocimiento.

Mi apuesta es, impulsado por lógicas intuitivas, invertir en la articulación entre niveles de conciencia y dimensiones de la realidad como una tecnología política y educacional. O sea, si hay, como sugiere Jacobo Grinberg, una similitud entre la organización sintérgica del espacio y la organización cerebral, entonces vale abrirnos a los misterios del inconsciente como manera de *ahuecar* [*ocar*] las realidades, volviéndolas más apacibles, menos densas.

Ir al fondo de mí, adentrarme en las profundas capas, a veces sombrías, de mi inconsciente –ahí donde se embuten los fantasmas racistas de la blanquitud–, me pareció un justificable camino metodológico para conocer las sutilezas de una realidad brasileña racializada, que nos envuelve a todos. Perdiendo fuerza la coherencia egoica, yo pasé, con la ayuda de la socióloga aymara Silvia Rivera Cusicanqui, a verme más como una tapicería de manchas –o nódulos energéticos inscritos en realidades más o menos sutiles– pasibles de tejido.

Como hace mucho dijo el poeta persa Jalaluddin Muhammad Rumi, no somos una gota en el océano, sino el océano en una gota. En esa perspectiva, la más ínfima de las singularidades, diría que hasta lo que ni siquiera nació a nuestros ojos, gana significancia en el seno de la sociología de lo sutil que ahora *olfateo* [*farejo*]. Esa sociología considera, por lo tanto, que la articulación entre las diversas capas de realidad, entre sus múltiples dimensiones, tiene el poder de saltarnos a la libertad y a la responsabilidad en misterio –liberándonos de la inercia de la servidumbre voluntaria y de la fidelidad sectaria a los sistemas conceptuales y a las ideologías. Considera, por fin, que urge a la raza humana crear y nutrir otro patrón de institucionalidad. Uno que incorpore, en su modo mismo de funcionamiento, el nacimiento y la muerte de las formas. Que apunte hacia una multipolaridad no restringida a las relaciones entre naciones, sino que se incruste en el seno de todas las sociedades y seres terrestres. Garantizando que la arquitectura del todo esté presente y armonizada en sus tantas, ínfimas e infinitas partes, haremos ciertamente de Gaia un lugar de muchas moradas.

Referencias bibliográficas



- Ashcroft-Nowicki, D. y Brennan, J. H. (s.f.). A magia das formas-pensamento: um sistema comprovado de desenvolvimentos mental e espiritual. São Paulo: Editora Pensamento.
- Badiou, A. y Truong, N. (2013). Elogio ao amor. São Paulo: Martins Fontes.
- Bataille, G. (s.f.). O erotismo. Porto Alegre: L&PM Editores.
- Coccia, E. (2018). A vida das plantas: uma metafísica da mistura. Florianópolis: Cultura e Barbárie.
- Cusicanqui, S. R. (2015). Conversa del mundo. En B. de Sousa Santos (Org.), Revueltas de indignación y otras conversas (pp. 80-126). Bolivia: Projeto Alice.
- Cusicanqui, S. R. (2010). Ch'ixinakax utxiwa: una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2003). Kafka: para uma literatura menor. Lisboa: Assírio & Alvim.
- Derrida, J. (2001). Mal de arquivo: uma impressão freudiana. Rio de Janeiro: Relume Dumará.
- Glissant, É. (1999). Caribbean discourse: selected essays. Charlottesville: University Press of Virginia.
- Glissant, É. (2019). Filosofía de la relación: poesía em extensión. Buenos Aires: Miluno Editorial.
- Grinberg-Zilberbaum, J. (1991). La teoría sintérgica. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Jung, K. G. (1970). Arquetipos e inconsciente colectivo. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica
- Jung, K. G. (2005). Sincronicidade. Petrópolis, RJ: Editora Vozes.
- Kopenawa, D. y Albert, B. (2015). A queda do céu: palavras de um xamã yanomami. São Paulo: Companhia das Letras.
- Krishnamurti, J. (2016). O livro da vida: 365 meditações diárias. São Paulo: Planeta.
- Laclau, E. (2000). Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Laclau, E. (2014). Ética, normatividad y la heteronomía de la ley. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mesquita, R. G. M. (2005). O mito democrático-revolucionário petista na década de 1980. Recife: Universidad Federal de Pernambuco.
- Mesquita, R. G. M. (2009). Representação política e constituição de identidades coletivas. Recife: Universidad Federal de Pernambuco.
- Mesquita, R. y Nascimento, G. (2010). Educação do MST e crise no paradigma
- Mesquita, R. (2022). Descolonización y articulación pedagógica. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Mesquita, R. y Tavares, M. A. (2023). Comunidades educativas: um olhar sobre experiências comunitárias e
- Mesquita, R. (2024). Mandinga e educação: o jogo da articulação pedagógica. Recife: Titivillus.
- Pessoa, F. (2025). A Tabacaria. Disponible en: <http://arquivopessoa.net/textos/163>. Acceso en: 9 oct. 2025.
- Rancière, J. (1996). O desentendimento: política e filosofia. São Paulo: Ed. 34.
- Rancière, J. (2010). Estética e política: a partilha do sensível. Porto/Portugal: Dafne Editora.



- Rumi, J. M. (2025). Masnavi. Disponible en: <https://www.academia.edu/30876223/RUMI>. Acceso en: 8 oct. 2025.
- Santos, M. (2006). A natureza do espaço: técnica e tempo, razão e emoção. São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo.
- Valdina, M. (2025). Entrevista concedida ao Saberes Tradicionais UFMG. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=FAc4CJr4qtM>. Acceso en: 8 oct. 2025.